

Supongamos que hablo de Chirbes. Carmen Peire

Supongamos que hablo de un Rafael Chirbes niño, con solo una hermana mayor y a quien su madre decide enviar a un internado para huérfanos ferroviarios, con apenas ocho años, al morir su padre. Aprendió a leer antes, a los tres, por empeño de ese padre peón ferroviario, para que su hijo tuviera más oportunidades que él. El libro con el que aprendió aún lo conserva. Me lo imagino pequeño, delgado y asustadizo, con la mirada gacha que conserva, como les pasa a los que vivieron en internados. Supongamos también por añadidura que mamó la derrota sobre una victoria impuesta, lo que no suele contar casi nunca por ese pudor que le caracteriza, punto común en todos los que proceden de la cáscara amarga.

Supongamos que ahora hablo de un Rafael Chirbes joven, que llega a Madrid para estudiar, comparte piso y entusiasmo con otros estudiantes, se matricula en la facultad de Filosofía en la época en que había dos cursos de comunes y luego la especialización, en su caso, Historia. Y como no podía ser menos en aquella época de dictadura, con los grises en el campus y la esperanza en cada paso, con firmeza y sin concesiones, como siempre ha visto la vida, militó mientras estudiaba. Fue detenido. Me lo imagino en aquellas sesiones de interrogatorios, digamos que duros, en los sótanos de la DGS (Dirección General de Seguridad, para los jóvenes que no lo sepan) temblando como haría también en el internado. De todo ello casi nunca habla y cuando lo rememora lo hace con humor, le quita importancia, como un episodio pasajero que no va con él. Si lo mencionas y lo recuerdas te mira por un instante a los ojos para bajarlos después, soltar una medio sonrisa y algo así como “bueno”, mientras se encoge de hombros, dándole más o menos la misma importancia que si hubiera ido a comprar el pan al pueblo de al lado. Porque para él fue más importante la etapa de alfabetización que hizo por barrios, fuente de aprendizaje en aquellos años, inspiración de personajes, acaso necesidad de devolver algo de lo que un hijo de peón ferroviario tuvo la fortuna de aprender y estudiar.

Supongamos que Rafael Chirbes es ya un licenciado que empieza a buscarse la vida, mira que estudiar Historias, así, con ese final, como decíamos antes, a dónde vas a ir con eso. Consigue trabajar en la librería de la Autónoma, junto al dueño de la misma por aquel entonces, amigo suyo, también estudiante en la misma facultad. La felicidad entre libros que devora y apunta mientras atiende de vez en vez a un cliente. Me lo imagino rodeado de Galdós, devorando a Dickens, estableciendo complicidades con Max Aub, León Felipe, César Vallejo, Miguel Hernández, leyendo a Braudel o lo que se publicaba en América Latina y lo que llegaba de Ruedo Ibérico, todos aquellos libros prohibidos que te acercaban a la realidad, que no la del régimen, y que solía encontrarse en las trastiendas de las librerías de entonces, no en todas, solo en unas cuantas, pero las suficientes para abrir los ojos y encontrar explicaciones a lo que aquí no se estudiaba. Siempre ha sido un devorador de libros.

Supongamos ahora que a ese recién licenciado trabajador en una librería le corroe algo por dentro, algo que le da vueltas y le inquieta ¿seré un osado, valdré yo para hacerlo, por qué siento la necesidad? A ese niño huérfano de ferroviario de la cáscara amarga, que escoge una carrera sin apenas salidas, que trabaja entre libros, le da por escribir. Porque no tiene nada que perder, y sin padre que le reprenda o que le haya dejado un oficio que pueda continuar, se

pone a ello. Y escribe. Se va un año de profesor de español a Marruecos y vuelve con su primera novela bajo el brazo, *Mimoum*. Con ella queda finalista del premio Herralde. Sigue escribiendo. De lo que sea. Durante una temporada, bastante, ya estamos en la transición, en los años ochenta, en la cultura del pelotazo, de la gastronomía y del vino como señales de distinción de una nueva clase o sectores de profesionales a los que les va bien, parece incluso que el dinero cambia algo de bando, Rafael Chirbes consigue trabajo en una revista de gastronomía y vinos: *Sobremesa*. Escribe sobre eso, que le da de comer, para luego escribir lo que le interesa. Y qué curioso, ese ambiente sí lo refleja en sus novelas. La enología como religión, amigos que cambian de bando, traiciones entre sus filas, poso de amargura cuando lo que esperaba no sucede, cuando los ideales se van por la alcantarilla, cuando la amnesia lo invade todo y nadie quiere hablar de la dictadura, de los desaparecidos, de los derrotados y de una transición que así no, compañeros, así no. Y entonces, da una vuelta de tuerca más. Abandona la revista y decide que tiene que vivir solo de la literatura, y sin presiones para que nada le condicione. Se retira a un pueblo, primero de Extremadura, después a un pueblo en el interior de Alicante, allí no se tienen muchos gastos y Chirbes es austero. Pero se retira tras viajar y vivir mucho, un año en Marruecos, estancias en París, Barcelona, La Coruña, recorrer México de norte a sur en autobús introducido de la mano de Carlos Blanco Aguinaga, su gran maestro, la persona que, acaso, más ha influido en Chirbes; tras haber sido un gran comedor, un gran bebedor, un gran fumador (Ahora ya no, por su mala salud de hierro)

Supongamos ahora un Rafael Chirbes oficialmente convertido en escritor, que llega a Anagrama de la mano de Carmen Martín Gaité, una gran admiradora de su literatura, una admiración mutua y un agradecimiento perpetuo, como hace Chirbes con sus amigos cuando se entrega, cuando no le traicionan. Y tras *Mimoum*, todas las demás. Novelas que hablan, siempre en primera persona, (dice que la tercera le es ajena) de lo que siente y le preocupa. Las primeras tienen que ver con la posguerra: *En la lucha final*, *La buena letra*, *Los disparos del cazador*. Ay, *La buena letra*, esa voz femenina, materna, que desgrana en un lenguaje depurado y sencillo como las mujeres de campo, todos sus pesares, sus sentimientos, su vida. Esa novela sale en el 92, cuando los grandes fastos, los grandes casos de corrupción en el PSOE, la expo de Sevilla, el principio del fin. Después, la trilogía de la transición: *La larga marcha*, *La caída de Madrid*, *Los viejos amigos*. En ellas cuenta lo que por aquel entonces casi nadie quiere oír, de la traición, de lo que tenía que haber sido y no fue. Novelas todas ellas magníficas, no reconocidas en España (jesúspondios qué agorero y pesimista es este escritor) pero con gran prestigio en Europa, sobre todo en Alemania. Plasma lo que está pasando en el país, sabiendo que así no, que la cultura del pelotazo no traería nada bueno, que de aquellas lluvias estos lodos. Ahora lo dicen muchos, pero escribirlo, escribirlo de verdad cuando nadie se atrevía, solo Chirbes. Y ese mérito es suyo, solo suyo, nadie se lo puede quitar. Eso y la grandeza de su literatura. Párrafos que conmueven, que llegan a las entrañas, a veces como puñetazos, otras como pellizcos o bálsamos. Aún recuerdo una crítica (la conservo todavía por lo que me dolió) en el periódico oficial progre de aquella época, innombrable ahora por su derechización, en el que se criticaba su “realismo” comparándolo con Gironella. Claro, también se ninguneó a los cantautores, se contribuyó a fomentar esa imagen de cansinos, desfasados y trasnochados porque hicieron crítica social y lo importante era ya la movida. Ese mismo periódico que, sin embargo, al aparecer Crematorio y ganar el premio de la Crítica, corrió a entrevistarle. Y los hados desarrollaron una venganza sui generis: el día en que se presentó el

periodista se incendió una parte de la casa de Chirbes y allí estuvieron los dos, entrevistador y entrevistado, apagando el fuego. Toda una metáfora literaria.

Y llegó *Crematorio*. Y el premio de la Crítica. Y la realidad acercándose a la literatura de Chirbes. Y los lectores empiezan a descubrirle. Hasta entonces había sido minoritario. Me imagino que comprábamos sus novelas una pléyade de admiradores y amigos que pensábamos lo que él, pero solo Chirbes era capaz de plasmar, lo que nos confortaba, nos hacía ver que no estábamos solos, que todavía había escritores que eran honrados en su oficio, que no se vendían a las exigencias del mercado o lo que marcaban los grandes grupos editoriales. Y cuando le preguntan, él responde, mis novelas van de lo que pasa, así sin más, como cuando habla de la crítica literaria y dice que lo importante es ser honesto en este oficio y el punto de vista para contar lo que hace falta, de nuevo la influencia de Blanco Aguinaga, de la honradez en la literatura. Y es capaz de presentarse en el *Hay Festival* en Xalapa, capital del estado de Veracruz, México, con sandalias y calcetines, una camisa a cuadros y unos vaqueros, y aprovechar el pequeño hueco de sus actividades para ir al Museo Antropológico y admirar la obra de los toltecas, sus enormes esculturas de cabezas humanas, las diferencias con las pirámides y el arte de los mixtecas, la admiración profunda a los pueblos indígenas, para terminar en un restaurante comiendo uno de sus platos favoritos: los chiles en nogada. Al fin y al cabo eso es lo importante.

Sobre *Crematorio* hicieron una serie y aquello le dio un poco más de fama y reconocimiento. Porque *Crematorio*, novela que habla del pelotazo urbanístico, salió al inicio de la crisis y del fin de la burbuja inmobiliaria. Y tras *Crematorio*, *En la orilla*, que va, contra todo pronóstico, por la octava edición. Porque a punto estuvo de no publicarla, de decirle a Heralde que se la devolviera, inmerso en esa duda escéptica que produce siempre lo nuevo, lo arriesgado, lo que rompe moldes. Y en su caso, no porque piense que es tan bueno que va a resultar incomprendido, sino por todo lo contrario: por la constante duda que le produce su honradez profesional y el conocimiento de sus limitaciones. Al leerla, el impacto que me produjo me evocó (aunque pueda parecer exagerado) a *El ruido y la furia* de Faulkner. Sé que dirá que no, que su maestro es Galdós, pero yo veía la plasmación de una decadencia familiar, como en la novela de Faulkner, de un estilo de vida y de un mundo que se acaba donde el paisaje tiene tremenda importancia, en Chirbes la presencia de un pantano o marjal, un elemento claramente faulkneriano, o dickensiano, pero poco usual en nuestros lares; con un uso de la primera persona a veces en cursiva, como utilizó Faulkner en su novela. Pero también vi que el personaje de Esteban era tan redondo y tan cercano que iba a ser mucho más identificable que el personaje de Rubén, el constructor inmobiliario sin escrúpulos de *Crematorio*, porque al fin y al cabo la mayor parte de nuestra economía está o ha estado en manos de pequeñas empresas familiares que se han visto abocadas al cierre y a tener que despedir a los pocos trabajadores que tenían. Es una de las características de este país y con Esteban, la carpintería y el pantano, Chirbes ha dado en la diana. Él dice que para escribir esta novela leyó de nuevo a Galdós, el de *Las tormentas del 48*, el Galdós mayor y pesimista que pensaba que este país no tiene remedio, ese mismo sentir que se entrevera en las páginas de *En la orilla*.

Supongamos a un Rafael Chirbes que ahora recibe premios aquí, va por la octava edición de su última novela y, como dijo cuando recibió el premio Francisco Umbral, todo esto le viene grande, como la única chaqueta que tiene para los actos oficiales, siempre sin corbata. Me lo imagino cuando le llevan de promoción y se pone enfermo, porque sigue siendo profundamente tímido e hipocondríaco, con esa peculiar misantropía que siempre he visto como un escudo a su vulnerabilidad, pensando que el reconocimiento le pasa a una persona que no es él, que no es el Rafael Chirbes que vive solo, con sus perros y su huerto, en contacto con la tierra, con su oficio de escritor impregnado de honestidad, sin pertenecer a ninguna sociedad literaria, sin ser un personaje mediático, sin aparecer en los medios de comunicación. Incluso si le llamas para darle la enhorabuena contestará un “bueno, bien”, pero, ¿no me habré equivocado en algo? ¿Qué he hecho mal para que me reconozcan hasta en el ABC? Sus concesiones tecnológicas se reducen al móvil y al e-mail. Cuando va a las manifestaciones se confunde entre la gente (aunque él diga que no va) y nadie sabe que en esa persona tímida y huidiza de mirada gacha que, cuando la descubres, percibes unos enormes ojos desvalidos, se encuentra un lúcido analista político y literario, que sigue poniendo todo patas arriba cuando está entre amigos, que siempre piensa en su última novela como su testamento, que ya no va a escribir más, que se sigue considerando un amateur y no sabe dónde colocarse, que tiene pánico a la hoja en blanco hasta que, de nuevo, como siempre, empieza a “oír voces”, como él dice, voces que suenan en su cabeza, que van creciendo y va plasmando en un papel y otro y otro, hasta conformar una magnífica novela con la que sorprende y nos redime, con la que vuelve a poner a la gran literatura en su sitio, sin alharacas, sin concesiones, sin grandes colas en las ferias del libro, parapetado en la caseta, pensando en quién va a ir a que le firme un libro si nadie le conoce, esperando que algún amigo o amiga le rescate y pase a buscarle a la hora de comer para disfrutar de un couscous o una mistela, un buen vino y una agradable charla en la que, entonces sí, se descubre su humor ácido y también benevolente, su misantropía cariñosa, su crítica a todo lo establecido para terminar diciendo que este país tiene también muchas cosas buenas.

Carmen Peire.